

Fernando Collantes y Vicente Pinilla
¿Lugares que no importan? La despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente

Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, Monografías de Historia Rural 15, Sociedad Española de Historia Agraria, 2019, 270 pp.

La despoblación no es un fenómeno nuevo, ni afecta únicamente a las áreas rurales, aunque si es cierto que ha sido en las últimas dos décadas cuando se ha tomado conciencia sobre el mismo y sobre sus efectos, se ha visibilizado y trasladado al debate público y está siendo abordado desde las políticas públicas. En el análisis de la despoblación rural en España, el libro que nos ocupa es una referencia obligada. Aunque el original en inglés fue publicado hace ya una década (Collantes y Pinilla, 2011), los autores lo han actualizado, incluyendo el amplio debate que sobre el tema ha ido *in crescendo* durante la última década.

El libro se organiza en cuatro grandes apartados, que pretenden dar respuesta a grandes cuestiones. En primer lugar, lo que ellos denominan las pistas de la despoblación rural, es decir, los antecedentes del fenómeno. Aquí abordan la despoblación en Europa, como marco para situar la despoblación en España. Esa contextualización pone de relieve que la transición demográfica en Europa constituía ya un marco que favorecía la despoblación rural. Los autores constatan lo que podemos denominar tres grandes modelos, en función y asociados a los niveles de desarrollo y a los procesos de cambio y reestructuración rural en cada uno de ellos, con la Europa noroccidental y oriental en los dos extremos, con menor

y mayor despoblación, y la Europa meridional, en situación intermedia.

A continuación, en este mismo apartado, se profundiza en el marco explicativo de la despoblación rural en España, vinculándolo al crecimiento económico moderno, y planteando de manera precisa la magnitud y la cronología, pasando la población rural de suponer más de dos tercios del total a principios del siglo XX, a casi la mitad a mediados de siglo, y apenas una cuarta parte a finales de siglo. Es justo en la década de 1950 cuando se empiezan a producir las tasas de crecimiento negativas debido a las pérdidas de población por la emigración, ya especialmente intensa, hasta llegar a la década de 1980, en la que el crecimiento natural empieza también a ser negativo.

Los autores, manteniendo la necesaria perspectiva histórica, recogen los signos de cambio que se empezaban a vislumbrar desde la última década del pasado siglo, especialmente con la llegada de inmigrantes, por un lado, y una cierta suburbanización, por otro. Son acertadamente precavidos al poner entre interrogantes si esta fase de crecimiento demográfico rural supone un avance hacia un nuevo ciclo. Esta idea la retomamos posteriormente, al abordar algunos de los mitos sobre la despoblación, en el posfacio a la edición española. Este primer apartado se completa con un análisis de las

variaciones regionales y locales que, a su vez, se conectan con el concepto de Simon Kuznets del «crecimiento económico moderno», dada la diversidad territorial de las dinámicas socioeconómicas y demográficas en la España rural. Destacan tres elementos clave en las decisiones de emigrar y en los cambios ocupacionales, como son las transformaciones agrarias, el desarrollo de los sectores no agrarios y las diferentes oportunidades, disponibilidad o acceso a todo lo relacionado con el bienestar y calidad de vida de la población.

El segundo gran apartado del libro se centra en la explicación de la compleja y multidimensional naturaleza del fenómeno de la despoblación. Para ello los autores plantean las relaciones entre industrialización, transición demográfica, cambio agrario, sectores no agrarios, transformaciones en los estilos de vida (lo que podríamos denominar como procesos de transformación social), y las políticas estatales. Solo la combinación de todas estas variables permite una explicación adecuada de la despoblación rural en España. Se destaca por qué podemos hablar de despoblación desde mediados del siglo XX, pero no antes (salvo algunos episodios tempranos focalizados en provincias como Lugo, Huesca, Teruel, Castellón, Almería, Guadalajara, Tarragona, Girona, Burgos o Álava), que se explican por la proximidad a centros industriales, las dificultades para una mínima modernización agraria y una estructura de poblamiento muy fragmentada. Es en la segunda mitad del siglo cuando se producen los verdaderos procesos de despoblación. Aquí se combinan dos grandes con-

juntos de factores, de expulsión de mano de obra rural y de atracción en las áreas urbanas e industriales.

Efectivamente, la modernización agraria actuó como factor de expulsión de buena parte de la mano de obra, y esta no pudo ser contrarrestada suficientemente por el surgimiento o desarrollo de otras actividades no agrarias en aquellas áreas rurales. A su vez, la atracción de mano de obra desde zonas urbanas e industriales fue especialmente intensa, combinada, además, con elementos de modernización social que hacían más atractiva la vida lejos de aquellas áreas rurales «perdedoras». Pese a las mejoras que se introducían en buena parte de las áreas rurales, la brecha de ingresos, de consumo y de niveles de bienestar (acceso a infraestructuras y equipamientos) respecto a las zonas urbanas e industriales continuó creciendo, con el resultado de lo que los autores denominan «penalización rural en los niveles de vida». A todo ello se añade la «penalización de género», concepto con el que se refieren a la clásica y ya muy estudiada migración selectiva de mujeres desde las áreas rurales, que está en la base del reforzamiento del círculo vicioso del declive demográfico rural, con el aumento de la masculinización y el descenso de la natalidad, entre otros factores.

El papel de las políticas estatales en el fenómeno de la despoblación constituye el colofón a este apartado. La idea central es que las diferentes políticas, desde la instauración de la dictadura franquista hasta prácticamente la entrada en la entonces Comunidad Económica Europea (1986),

pusieron el espacio rural al servicio de los objetivos desarrollistas, tanto industriales como de modernización agraria. Es decir, durante ese largo y oscuro periodo, incluyendo los primeros años de postfranquismo, las políticas contribuyeron a reforzar el papel dominante de una España «ganadora» (áreas urbano e industriales, por un lado, y agrarias modernizadas por otro), y una España «perdedora». Y en esta última se situaban las áreas rurales que no pudieron responder a las nuevas oportunidades, que no pudieron modernizarse y que, en todo caso, fueron pieza indispensable, en forma de mano de obra y de recursos incluso financieros —canalizados convenientemente por el sistema bancario— hacia las zonas más desarrolladas.

Conocido y dimensionado el fenómeno de la despoblación, el tercer gran apartado aborda dos cuestiones de interés: el análisis de las consecuencias de la despoblación, por un lado, y la cuestión de si estamos ante el fin de la despoblación rural, por otro. Respecto de la primera cuestión, los autores destacan cómo la despoblación favoreció la mecanización del campo, como vía para hacer frente a la escasez de la tradicional mano de obra otrora abundante y barata. Otros procesos estuvieron igualmente presentes, con importancia variable según las áreas. Así, se produjo una modesta reestructuración agraria (asociada a una menor presión sobre la tierra o al aumento del tamaño medio de las explotaciones, reducido debido a las enormes rigideces del mercado de la tierra) y, sobre todo, un cambio en la estructura ocupacional de la economía rural. Este se pro-

yectó en el descenso de la población activa rural, que en apenas cuatro décadas pasó del 75% a poco más del 25% de la población activa del país, un cambio que en países occidentales había tardado más de dos siglos (caso de Inglaterra). La componente agraria de este retroceso fue especialmente importante, dado que fue la agricultura, comparativamente más que el resto de activos no agrarios rurales, la que alimentó especialmente la emigración.

Una última consecuencia económica de la despoblación es la inversión de la tendencia en cuanto a la brecha de renta per cápita. Esta había sido creciente hasta aproximadamente mediados de siglo, pero la despoblación tuvo el efecto de una paulatina y modesta convergencia, de modo que, si a finales de los años 1960 la renta rural correspondía a dos tercios de la renta urbana, dos décadas después la brecha se había reducido y se situaba en torno al 75% de la renta urbana. En definitiva, todas estas transformaciones vinculadas a la despoblación supusieron lo que los autores denominan «el fin de la sociedad rural tradicional» y otros autores hemos calificado como verdadera crisis de la sociedad rural tradicional. Las manifestaciones de esta crisis van desde las características demográficas de esta nueva sociedad rural (en la que el sesgo generacional y de sexo dio lugar al creciente envejecimiento y masculinización de la población rural), hasta el declive vinculado a la desaparición de equipamientos y servicios (cierre de escuelas, menor oferta de transporte público, etc.), y esto se producía, en una aparente contradicción, a la vez que mejoraban otros as-

pectos, como algunas infraestructuras viarias, o se extendía, muy lentamente, el acceso a las señales de televisión y se hacía llegar el tendido eléctricos a las zonas más recónditas, y más tarde incluso de línea telefónica.

Los autores se hacen eco de otro aspecto importante en el que hemos insistido en numerosos escritos, como es la desarticulación de las estructuras sociales tradicionales que, ellos destacan, tuvo también una cara positiva en determinadas áreas: la quiebra, o debilitamiento, de estructuras de poder, dominadas por élites locales (con frecuencia terratenientes) que se habían convertido en un elemento de reproducción de la segmentación social y económica presente en las comunidades rurales incluso durante siglos.

La despoblación tuvo también consecuencias ambientales. Tanto la emigración como el asociado abandono de las tierras menos productivas suponía el cese de prácticas extensivas e incluso de modos de gestión multifuncional. Ello contribuyó a un aumento del riesgo de erosión, de pérdida de biodiversidad, de deterioro del patrimonio paisajístico, etc., y ese abandono contribuyó también a un aumento del riesgo de incendios forestales. Los autores introducen algunas matizaciones, entre las que cabe destacar la incorrecta identificación mecanicista entre despoblación y efectos ambientales negativos. Estos últimos, en su caso, derivaban de los cambios agrarios (que es cierto que estaban vinculados a la despoblación), pero no tanto de la despoblación propiamente dicha ni de forma directa. De hecho, plantean que incluso sin

despoblación, la agricultura territorial habría entrado igualmente en recesión, consecuencia del cambio ocupacional en el marco de la economía rural.

Este tercer gran apartado finaliza con un capítulo en forma de pregunta muy sugerente: «¿el fin de la despoblación rural?». Para responderla, se analizan los inicios de la recuperación demográfica, con la aparición y/o desarrollo de nuevos patrones migratorio y de asentamiento y organización espacial, presentes en todo caso en prácticamente todos los países desarrollados y que aquí emergía con cierto retraso (desde los últimos años del pasado siglo hasta la crisis de 2008). Aquí se incluyen, por un lado, movimientos internos en el país, desde algunas migraciones de retorno, la mayor movilidad urbano-rural (si bien restringida a las áreas más próximas y accesibles a los centros urbanos), y el creciente *commuting* y ampliación de los mercados de trabajo; y, por otro, nuevos pobladores rurales, principalmente la inmigración extranjera, que contribuyó en muchas áreas a desacelerar la despoblación, e incluso, en algunos casos, a revertir las tendencias, aunque en estos momentos ese papel es mucho más moderado. En todo caso, estas generalizaciones podrían ocultar la gran diversidad de situaciones, incluso a escala regional, como ponen de relieve los autores. También llaman la atención sobre otro aspecto de especial relevancia que hemos de tener en cuenta para interpretar adecuadamente el fenómeno de la despoblación, como es el hecho de que territorios considerados previamente como rurales puedan o deban dejar de ser considerados como ta-

les, al haber sido prácticamente «engullidos» por los procesos de suburbanización.

Por último, en el cuarto apartado, que denominan «Conclusión» (aunque es una verdadera discusión), contextualizan la transformación rural española –y, por tanto, la despoblación rural– en el marco de las transformaciones que se han venido produciendo en los países europeos de nuestro entorno. Aquí los autores van más allá del libro original publicado en 2011 e introducen un posfacio centrado en los mitos del debate público sobre la despoblación. De cara al debate público se trata de 20 páginas de obligada lectura, que ponen sobre la mesa elementos y argumentos que es necesario tener en cuenta a la hora de analizar la despoblación en un contexto de complejidad territorial, temporal, socioeconómica y propiamente demográfica que la caracteriza.

Los autores denuncian cuatro grandes mitos, que ciertamente enturbian y a veces, banalizan, el debate –e incluso el diseño y aplicación de políticas– sobre la despoblación rural. El primero de ellos es que caminamos hacia el desastre demográfico. El círculo vicioso de la despoblación está muy estudiado, y sus consecuencias son evidentes. Sin embargo, en la demografía de la España rural no todo responde a esa visión apocalíptica, y ahí están esas zonas rurales intermedias en las que se han relocalizado segmentos de población urbana de clase media, así como nuevos pobladores, en su mayor parte extranjeros. No sabemos aún la amplitud que puedan alcanzar ni lo sostenible que estos fenómenos puedan ser, máxime en un nuevo escenario como el

que se deriva de las nuevas miradas hacia lo rural como consecuencia de la COVID-19, que constituyen un elemento añadido, pero que cabría situar en una línea similar a la que los autores ya señalaban.

El segundo mito que destacan se centra en la supuesta excepcionalidad de la despoblación en España, que nos diferenciaría claramente de lo que ha ocurrido en otras partes de Europa, donde habrían tenido una mayor sensibilidad desde el ámbito de las políticas públicas. Los autores sostienen, en contra de muchas voces, que el papel de las políticas en el «éxito» contra la despoblación de países de nuestro entorno es mucho menor del que suele plantearse en el debate público (caso de las Tierras Altas de Escocia, o de buena parte de la Francia rural). Los éxitos para frenar o ralentizar la despoblación en esos y otros casos, vendría, principalmente, de las dinámicas económicas y de las fuerzas de mercado (y, podríamos añadir, de la disponibilidad de fuentes de recursos que no eran derivación directa de unas u otras políticas).

El tercero de los mitos hace referencia a la extensión de los conceptos de «España vacía» (Del Molino, 2016) primero, y «España vaciada», después, concepto este último que se acuñó en el marco de la multitudinaria manifestación de marzo de 2019 en Madrid, para referirse a la consecuencia de unas políticas inadecuadas. En línea con lo que plantean los autores, puede decirse que la búsqueda simple, e incluso simplista, y unidireccional, de la culpa de la despoblación en esas políticas inadecuadas y que han desatendido a las zonas rurales, es erróneo (incluso siendo cierto que tales políti-

cas han sido poco adecuadas por inatención, insuficiente financiación y hasta diseños inadecuados). Pero sería aventurado decir que otras políticas hubiesen conseguido frenar o revertir el proceso de la despoblación.

Por último, el cuarto de los mitos, en línea con lo anterior, hace referencia a que la despoblación solo es reversible mediante nuevas políticas, que impliquen un cambio drástico en los enfoques y en las acciones frente a la despoblación.

En definitiva, estamos ante un trabajo que ofrece una perspectiva histórica absolutamente necesaria para analizar con más y más adecuados elementos de juicio un debate sereno, desapasionado y riguroso

sobre el presente y, por qué no, también el futuro sobre cómo abordar la despoblación y sus consecuencias sociales, económicas, ambientales y territoriales en nuestro país.

Javier Esparcia

orcid.org/0000-0002-5334-913X

Universidad de Valencia

REFERENCIAS

- COLLANTES, F. & PINILLA, V. (2011): *Peaceful Surrender: The Depopulation of Rural Spain in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing.
- DEL MOLINO, S. (2016): *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.

Francesc Valls Junyent

La Cataluña atlántica. Aguardiente y tejidos en el arranque industrial catalán

Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020, 384 pp.

Francesc Valls murió en el año 2017, cuando tenía 51 años. Muy joven, demasiado joven. Una trayectoria de historiador honesta, original e impecable, hecha desde la universidad, pero partiendo de esta tradición de historia local que en Cataluña tiene su arraigo en los centros de estudios comarcales. Con esta tradición este libro toma todo su sentido.

Este libro salió publicado en catalán en el año 2004 y era el resultado de una brillante tesis doctoral dirigida por Pere Pascual. Autores clásicos como Pierre Vilar o Jaume Torras habían señalado el papel que había jugado la viticultura en el desarrollo

económico catalán que no había sido incompatible con el desarrollo de la industria textil y otras actividades productivas, a diferencia de lo que había ocurrido en Portugal o en el Languedoc francés. El objetivo era analizar la viticultura catalana y clarificar porque no había sido incompatible con el desarrollo industrial, todo lo contrario. En esta vía, Francesc Valls puso énfasis en el estudio de la producción de aguardiente, que fue realmente el motor de este crecimiento.

Las primeras páginas del libro ponen énfasis en explicar como los conflictos bélicos entre Francia y los Países Bajos a lo